Elegía en la muerte del Señor Infante Don Carlos, al Señor Infante Cardenal, por Don Pedro Calderón de la Barca

Blanca Oteiza
Universidad de Navarra

Si solo conserváramos la obra lírica exenta de Calderón su nombre ocuparía un lugar más en la nómina de poetas áureos, pero no por ello deja de ser relevante y complementaria de su obra dramática, a la vez que nos da noticias interesantes sobre su vida y pensamiento.

En proporción a su labor dramática la dedicación de Calderón a esta poesía es escasa[1]. Y de algunos de los textos conservados la atribución dudosa o falsa, como el romance «Curiosísima señora», del que Cotarelo en su *Ensayo sobre la vida y obras* del poeta se sirve para enmarcar episodios de su vida, cuya autoría niega Wilson (que lo considera de Carlos de Cepeda) y acepta en cambio A. de la Granja más recientemente[2]. O el caso también de dos poemas amorosos (los

---

1 «Seguramente un poeta tan espontáneo, tan fácil y tan fluido [...] escribió muchas poesías sueltas en las diversas épocas de su agitada vida. Pero es muy probable que perdiera algunas en sus constantes viajes, que pasaran otras a manos de particulares, para caer en el olvido, y que rompiese muchas cuando desengañado de la vida abrazó el estado eclesiástico. Ello es que a pesar de las curiosas investigaciones que se han hecho se conservan muy pocas poesías sueltas» (Picatoste, 1881, p. 6).

2 En el *Catálogo de manuscritos poéticos castellanos de los siglos XVI y XVII en la Biblioteca Nacional de Madrid*, 1993, se recoge con este título: «Habiendo preguntado una dama quién era don Pedro Calderón y qué galanteos tenía, escribió este romance: "Curiosísima señora"» (Ms. 3797, fols. 217-22); ver Cotarelo y Mori, 1921, pp. 673-77 y nota 4 de p. 673; pp. 687, 701; 1922, pp. 36, 41, 192; también Picatoste alude seguramente a este romance: «si no fuera evidente, el que gracias a un romance, descubierto no há muchos años, se hayan puesto en claro algunos puntos oscuros

titulados *A un río helado*, que comienza: «Salid, ¡oh Clori divina!» y *A Filis*, que empieza: «¿No me conocéis serranos?»), que se imprimen a su nombre en Madrid, Melchor Alegre, 1670, en la colección *Delicias de Apolo. Recreaciones del Parnaso...*, y se reimprimen el mismo año en Zaragoza poniendo los romances a nombre de un tal don García de Porras[3].

De otras composiciones tampoco hay garantías autoriales, y no hay duda, por tanto, de la necesidad de un estudio serio sobre estas atribuciones.

El *corpus* de que disponemos es de índole diversa[4]: contiene poesías de circunstancias (por ejemplo, el soneto al toro que mató el rey «Si viste, ¡oh Licio!, a material esfera», festejado, entre otros, también por Quevedo) o elegías, epitafios, y panegíricos; hay poesía religiosa, bien de ocasión, como las dedicadas en alabanza de santos, procedentes sobre todo de justas poéticas[5], o bien de carácter más personal como el poema titulado *Psalle et sile*[6]; y también poesía amorosa[7]. No tengo en cuenta en esta nómina las relaciones sacadas de sus obras dramáticas.

La fortuna editorial de esta poesía ha sido en general muy pobre. De hecho, como señalaba Senabre

> todavía no poseemos una edición de la poesía calderoniana ajena al teatro. El hecho es escandaloso, y supera con creces la injusticia cometida con Baltasar de Alcázar [...] [y] Cervantes [...]. Se trata de una poesía poco personal, que constituye, sin embargo, una muestra acabada de retórica barroca[8].

---

de [su] vida» (Picatoste, 1881, p. 7). Sobre la autoría Wilson, 1962 y A. de la Granja, 2000a y 2000b.

3 Ver Cotarelo y Mori, 1921, pp. 699-700, y nota 1 de p. 699.

4 Puede verse la relación de todas las poesías sueltas con su bibliografía en Reichenberger, 1979, tomo I, pp. 675-718; a la lista de Reichenberger hay que añadir la publicación de Valcárcel, que sin entrar en problemas de autoría, publica algunos textos provenientes de los Mss. 2244 y 3773, muchos de los cuales ya habían sido publicados por Wilson, 1968, pp. 7-18.

5 Ver Valladares, 1983; y Cotarelo y Mori, 1921, pp. 700-704; 1922, pp. 21-25; 1923, p. 14.

6 Ver Villar Dégano, 1981.

7 No tan ausente en el conjunto del *corpus* como señala Villar Dégano, 1981, p. 145, nota 1.

8 Senabre, 2000, p. 12. L. A. De Cuenca, 2000, recoge en su antología de poesía calderoniana algunas poesías sueltas y fragmentos varios.

Los estudios son también escasos, aunque afortunadamente muchos datos y materiales dispersos se hallan recogidos en el *Manual bibliográfico calderoniano* de Reichenberger.

Me ocuparé en lo que sigue de la *Elegía en la muerte del señor infante don Carlos*, cuyo texto edito en el apéndice.

El marco de la *Elegía* es la muerte del infante don Carlos (hermano menor de Felipe IV y del Cardenal Infante don Fernando), fallecido en julio de 1632 (no hay unanimidad en el día exacto[9]) a los veinticinco años. Al suceso dedicaron composiciones, como era habitual, muchos poetas: entre ellos Lope, del que se conserva una *Égloga panegírica al epigrama del serenísimo infante Carlos*, y Quevedo, que se lamentó en dos sonetos[10].

Está dedicada al Cardenal Infante don Fernando, que en ese momento era virrey de Cataluña.

De la *Elegía* se conservan dos impresos en la Biblioteca Nacional de Madrid (uno incompleto) y otro en la Hispanic Society de Nueva York. No llevan lugar, ni año, y se desconoce el impresor[11].

Aunque Cotarelo afirma que «se ha impreso en todas las colecciones modernas de versos de Calderón», solo me constan dos: una en 1881, en el tomo 71 de la Biblioteca Universal, volumen titulado *Poesías inéditas*, recogidas por Felipe Picatoste, y otra en facsímil, a cargo de Antonio Pérez y Gómez en *Obras menores*, tomo 24 de «El ayre de la almena», en Cieza, 1969.

El texto de la príncipe (manejo los dos ejemplares de la Biblioteca Nacional y el facsímil de 1969) tiene algunas erratas tipográficas, presenta un verso defectuoso, el 159 («En pequeño bastor mucho didente»), y uno hipérmetro, el 269 («Tanto que la atención es escrupulosa»). En cuanto a la edición de 1881 Picatoste advierte:

> Las poesías sueltas de Calderón de la Barca no han sido coleccionadas, ni casi, puede decirse, conocidas hasta ahora [...] Esta colec-

---

9 Wilson (1969a) da como fecha de la muerte el 31 de julio; según Novoa «rindió su espíritu en las manos de Dios, viernes a las dos y media de la mañana en que se contaban 30 de julio, y del parto de la Virgen 1632, faltándole de llegar a los 15 de Setiembre para cumplir veinticinco años» (ed. de 1878, tomo I, p. 200); según Cotarelo fallece el 20 de julio (1922, p. 67).

10 Para Lope ver *Catálogo de pliegos sueltos poéticos de la Biblioteca Nacional. Siglo XVII*, 1998, p. 651, y de Quevedo *Poesía original*, núms. 239: «Túmulo al Serenísimo Infante Don Carlos», y 240: «Al mismo Señor Infante».

11 Biblioteca Nacional, R 12176-1; R-Varios, 163-51 (ejemplar incompleto: faltan las hojas 3 y 4); Hispanic Society of America procedente de los fondos del marqués de Jerez de los Caballeros: ver *Catálogo de pliegos sueltos poéticos de la Biblioteca Nacional. Siglo XVII*, 1998, p. 160.

ción, no sólo es la primera que se publica, sino que contiene escritos de Calderón de la Barca no citados por ningún autor anterior a nosotros.

Pero a pesar de la novedad editorial que se apunta, el esfuerzo no fue muy afortunado, por lo menos en lo que concierne a la *Elegía*. Picatoste no expresa la procedencia del texto, aunque probablemente se copiara, con poco cuidado, de algún ejemplar mencionado. Incluso la nota introductoria confunde al infante con el príncipe Baltasar Carlos, hijo de Felipe IV, que murió en 1646.

Resulta deficiente en la fijación textual, con errores de lecturas, y mala disposición de los versos, quizá por traspapelarse algunos de los folios de su copia en la imprenta: así tras el verso 51 se continúa con los vv. 91-198, tras los que siguen los vv. 52 a 90, y después el 199 y siguientes. Hay algunas erratas («Alcáceres» por «alcázares»; «seoulcro» por «sepulcro»), y de las lecturas variantes que introduce unas son irrelevantes y atañen a grupos consonánticos («perfecto/perfeto»; «conceptos/concetos»; «efecto/efeto»; «nocturnas/noturnas»; «perficionase/perfeccionase»); contracciones («de ellas/dellas»); timbres vocálicos («Felipe» por «Filipe»; «perfeccionar» por «perficionar»); y otras tienen mayor alcance textual y atañen a palabras, a parte del verso o al verso completo: así lee «penas» en vez de «peñas»; «occidente» en vez de «accidente»; «nuboso» en vez de «undoso»; «por medio enmarañando el hilo» en lugar de «por mucho enmarañado el hilo»; «ansía» por «había; «sincero» por «mísero»; «frío» por «pío»; «conveniencia» por «convenencia»; «fortuna» en vez de «forma»; «por los» en lugar de «polos»; «pasará» por «parará»..., y, en fin, dos versos quedan reducidos a uno: «De aquella son, y de todos enemiga» en lugar de «De aquella son, y con razón de aquella, / dos veces, y de todas enemiga».

De los dos versos malos de la príncipe uno lo resuelve satisfactoriamente al corregir la hipermetría del verso 269: «Tanto que la atención es escrupulosa» en «Tanto que la atención escrupulosa»; y del otro, verso 159, ofrece una lectura inaceptable al enmendar «En pequeño bastor mucho didente» por «En pequeño bajel más diligente», que no tiene sentido.

La *Elegía* sigue el modelo genérico barroco en todos sus aspectos[12]:

A) Aunque no existe una métrica propia del género, López Pinciano señala que «para las elegías son buenos los tercetos»[13], y en 102 tercetos encadenados se agrupan los 307 versos de esta *Elegía*.

---

12 Ver Camacho, 1969.

13 López Pinciano, ed. Carballo, 1973, vol. II, p. 292.

B) Estructuralmente se adecúa también al esquema elegíaco con las variaciones propias de cada poema: se inicia con el lamento del yo lírico, continúa con el tema central (la muerte), que ocupa más de la mitad del poema, distribuido en unas primeras consideraciones generales (inexorabilidad, poder igualatorio de la muerte, etc.), a las que siguen la evocación concreta de la muerte de Carlos y el panegírico, para terminar con la consolación de los sobrevivientes.

Este esquema general tripartito, visto en detalle, se revela perfectamente articulado en su forma y contenido. Desde el punto de vista formal, porque se abre y cierra con un verso glosado procedente de un soneto del Infante fallecido, que alcanza una relevancia estructural manifiesta (incluso tipográficamente) ya que también abre y cierra los distintos bloques temáticos: las lágrimas y quejas del poeta; la tópica general sobre la muerte; y la muerte de Carlos expresada desde dos perspectivas: panegírico humano y espiritual. Y desde el punto de vista temático, porque se va marcando, por un lado, la gradación de la pena: del lamento particular, al general, y de éste al consuelo general; y también la gradación de la percepción de la muerte, que pasa de negativa a positiva, metamorfosis sintetizada en la leve modificación del estribillo que cierra el poema («No rompa ya el silencio el dolor mío»), a modo de inversión negativa del proceso doloroso, ahora redimido por la consolación, desde una actitud muy barroca.

C) Y, por último, se integra en la convención genérica desde el punto de vista estilístico, dado que el poema es un compendio de usos retóricos y motivos, derivado del propio carácter del género, una elegía heroica pública (con su parte biográfica), donde la mayor o menor autenticidad del dolor se manifiesta precisamente en el grado de retorización y formulismos comunes: hipérboles, preguntas retóricas, apóstrofes, comparaciones mitológicas, esquemas bimembres, repeticiones paralelísticas, quiasmos, rupturas sintácticas bruscas y metáforas se mezclan con *topoi* funerarios como el del cisne, el ciprés, el llanto de los ríos, el consuelo de la fama, etc. Un caso ilustrativo de elaboración poética son los doce primeros versos, estructurados paralelísticamente a partir de la dualidad dolor/sufrimiento, lágrimas/quejas, mar/viento, ondas/peñas, el motivo del llanto, en suma, en su expresión más hiperbólica.

En cuanto a los criterios editoriales sigo los establecidos por el GRISO de la Universidad de Navarra: modernizo grafías sin relevancia fonética; la puntuación intenta ser interpretativa y pretende iluminar el sentido de un texto retóricamente muy complejo. Regularizo acentuación, mayúsculas, y no señalo en el texto licencias métricas normales, que afectan al cómputo versal. En el aparato de notas se

consignan las variantes principales de la edición de 1881, las enmiendas al texto príncipe, y las explicaciones pertinentes.

ELEGÍA EN LA MUERTE DEL SEÑOR INFANTE DON CARLOS. AL SEÑOR INFANTE CARDENAL. POR DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA.

¡Oh!, rompa ya el silencio el dolor mío
y en lágrimas y quejas desatado
al mar corra y al viento, que bien fío
del mar hoy y del viento mi cuidado,
pues patrimonio son del mar y el viento 5
a un tiempo lo gemido y lo llorado.
¡Oh!, rompa ya mi pena el sufrimiento
y en lágrimas y quejas dividido,
dignísimo Fernando, mi lamento
llegue—o bien de las ondas repetido 10
o mal restituido de las peñas—
piadosamente a merecer tu oído.
Lisonjas, y lisonjas no pequeñas,
hace al dolor el que al dolor engaña
con voces, con suspiros o con señas. 15

---

v. 1 *¡Oh!, rompa ya el silencio el dolor mío*: verso que se repite seis veces, la última con una pequeña variación («No rompa ya el silencio el dolor mío», v. 307), y que procede de una composición del propio infante don Carlos. Cotarelo considera la atribución sin mucho fundamento (1922, p. 67), y Wilson la da por hecho (1969a). En la Biblioteca Nacional de Madrid se conserva manuscrito un soneto que empieza con el mismo verso y lleva por título «Soneto del señor Infante don Carlos» (Ms. 3797, fols. 180v-181; ver *Catálogo de manuscritos poéticos castellanos de los siglos XVI y XVII en la Biblioteca Nacional de Madrid*, vol. II, p. 436). Matías de Novoa alude a esta afición: «de ingenio agudísimo, pues tal vez admiraron algunos de sus escritos los más peregrinos de nuestra era» (p. 193), y Calderón en la *Elegía* también (ver vv. 142-43). El soneto es el siguiente: «Oh, rompa ya el silencio el dolor mío / y salga deste pecho desatado / que sufrir los rigores de callado / no cabe en lo que siento, aunque porfío. / De obedecerte, Anarda, desconfío, / muero en mi confesión desesperado; / ni quieres que sea tuyo mi cuidado / ni dejas que yo tenga mi albedrío. / Mas ya tanto la pena me maltrata / que vence al sufrimiento. Ya no espero / vivir alegre; el llanto se desata / y otra vez de la vida desespero, / pues si me quejo tu rigor me mata / y si callo mi mal dos veces muero».

v. 9 *Fernando*: la elegía está dedicada al Cardenal Infante. Ambos hermanos parece que se profesaban gran amor, según Novoa: «él y el infante don Fernando eran una misma cosa, pasando de hermanos a amigos» (p. 194).

v. 11 penas, ed. 1881.

Tú, de la gran metrópoli de España,
que con arenas y átomos de oro
pródigo dora el Tajo y el sol baña,
purpúreo Atlante; tú, cuyo decoro
desde lejos saludan dulcemente 20
dos cisnes, éste mudo, aquel canoro,
ya que al cuarto planeta en otro oriente
sustituyes la luz, suples el día,
lucero habilitado dignamente,
bien como en la celeste monarquía 25
virrey del sol es el mejor lucero
de quien el alma de sus rayos fía,
engaña tu dolor, no porque espero
que rústica mi voz te obligue a tanto,
sino porque mi llanto lisonjero, 30
las lágrimas mezclando con el canto,
en destempladas cláusulas ignora
aun él mismo si fue música o llanto.
No por vencer tu sentimiento agora
mi acento sulca, ni mi pluma vuela 35
—si bien harto le vence quien le llora.
Con inútil retórica consuela

---

v. 16 *metrópoli*: en los tres sentidos de ciudad, iglesia arzobispal y ciudad respecto de sus colonias e iglesias sufragáneas. O sea Toledo, sede arzobispal.

vv. 17-18 *arenas... dora*: tópicas referencias míticas de que el Tajo porta oro en sus arenas.

v. 19 *purpúreo*: rojo por alusión al color de la ropa cardenalicia; comp. Calderón, *El primer blasón del Austria*, vv. 268-72: «¡Oh, gran Fernando!, honor de los mayores / vuestros, cuya grandeza / coronó de laureles su cabeza, / que, sobre sacra púrpura vestido / el arnés de la fe resplandeciente»; *Atlante*: porque sobre él recae el peso de la Iglesia española como Atlante sostenía la bóveda celeste.

v. 21 *dos cisnes*: no apuro el sentido exacto del verso. La emblemática recoge diversos símbolos del animal; uno de ellos es el asociado con la poesía, en tanto que consagrado a Febo/Apolo, y puede aludir al poeta y al infante.

v. 22 *cuarto planeta*: el sol asociado a la majestad tiene larga tradición; ver Valbuena, 1965; el cuarto planeta es Felipe IV; *otro oriente*: cuando murió don Carlos el infante Fernando estaba en Cataluña, de donde era gobernador; luz, día, lucero, virrey del sol hacen referencia a su condición de representante de Felipe IV.

v. 24 *habilitar*: en su sentido preciso de «dar a alguno por capaz y apto para regir por sí su hacienda, o servir algún empleo» (*Diccionario de Autoridades*), porque las Cortes de Cataluña habilitaron al infante don Fernando para que gobernara el Principado, de común sentimiento, excepto por los representantes de Lérida (Matías de Novoa, p. 172).

al triste el que su mal le facilita,
pues al son que le aduerme le desvela.
Llore el que de su llanto necesita, 40
que en su principio a un accidente extraño
fuerzas le da quien lágrimas le quita.
Una pena dorada de un engaño
o cobra la razón o pierde el brío,
y aquel es solo repetirle el daño, 45
así quejas y lágrimas te envío.
¡Oh!, rompa ya mi pena el sufrimiento.
¡Oh!, rompa ya el silencio el dolor mío.
Aunque mejor la fuerza de un tormento
sabe sentirse que decirse sabe, 50
porque en la voz no cabe el sentimiento
que en el silencio solamente cabe,
mas ya que a tanto la pasión me obliga
quejas escucha o con acento grave
la voz las calle o el callar las diga. 55
De aquella son y con razón de aquella
dos veces y de todas enemiga,
fatal deidad, cuya triunfante huella
sin que el respeto ni el temor la impida
alcázares supremos atropella, 60
a cuyo carro la ambición asida
arrastra las coronas que antes fueron
los ídolos humanos de la vida,
aquella a quien en vano previnieron
defensa ni la pluma ni la espada, 65
que el valor y el ingenio se rindieron,
alcaide de la vida, que a su entrada
registro es nuestro el libro de la muerte,
partida por partida señalada,
con condición que ha de morir advierte 70
que entra a vivir el que nacer procura
echado a los umbrales de la suerte.
No el poder la venció, no la hermosura,

---

v. 41 occidente, ed. 1881; *accidente*: «la enfermedad o indisposición que sobreviene y acomete o repentinamente o causada de nuevo por la mala disposición del paciente» (*Diccionario de Autoridades*); *extraño*: valor ponderativo usual.

v. 46 lágrimas envio, ed. 1881.

vv. 56-57 De aquélla son, y de todos enemiga., ed. 1881.

que ésta ni aquel pasó sin que primero
con llanto no firmase la escritura 75
luego, ¡oh!, rigor—iba a decir severo—:
por cuenta le da el aire con que vive,
que aun no es suyo este soplo más ligero.
¿Quién vive, pues, sabiendo que recibe
tan contado el vivir que siempre atenta 80
la muerte por las márgenes escribe
una vez que respira, otra que alienta
y vez ninguna alienta, ni respira
que no adelgace el número a la cuenta?
¿Quién no se pasma aquí, quién no se admira 85
y quién sin miedo en desventura tanta
de que se cumpla el número suspira?
¡Oh cuánta es hoy nuestra miseria, oh cuánta!,
que aunque siempre lo fue, considerando
que hoy la muerte los plazos adelanta, 90
parece que es mayor, porque antes cuando
bozal y torpe en su principio estaba
de sí misma ella misma hería temblando.
Un siglo entonces en poner tardaba
la flecha; un siglo entonces prevenía 95
el golpe, y tras dos siglos aun le erraba.
Mas hoy, que diestra la hizo la porfía,
ni un instante el vivir deja seguro,
que el día menos cierto es cualquier día.
No el sagrado dosel, no el fuerte muro, 100
la edad florida, ingenio el más perfeto,
la generosa sangre, el lustre puro,
la heroica majestad, el real sujeto,
todo adornado de gallardo brío,

---

v. 87 cumple, ed. 1881.

v. 92 *bozal*: «nuevo y principiante en alguna facultad o arte; y asimismo por el que apenas tiene conocimiento práctico y experiencia en alguna materia» (*Diccionario de Autoridades*). Alude a la conocida longevidad de los primeros pobladores del mundo, como los patriarcas. Hoy la vida es mucho más corta. Es un tema tópico.

v. 93 mismo, ed. 1881.

v. 96 la erraba, ed. 1881.

vv. 100-04 Enumeración de las partes del infante, glosadas a partir del v. 112. Construcción muy semejante en el *Panegírico al Excelentísimo Señor Almirante de Castilla*. Ver Wilson, 1969b, p. 274, y Picatoste, ed. 1881, p. 56.

v. 102 *generosa*: 'noble'; cultismo.

temor la causan ni la dan respeto. 105
Todo lo postra, todo, a su albedrío.
Carlos lo diga, y cuando a Carlos nombra
¡oh!, rompa ya el silencio el dolor mío.
Dígalo pues su voz, que muda asombra,
y débale suspiros a la muerte 110
ver tanta luz desvanecida en sombra.
Si sagrado dosel, si muro fuerte,
¿qué muro fuerte, qué dosel sagrado
el sol ciñe, el mar cerca, el cielo advierte,
ya luciente, ya undoso, ya estrellado 115
—aquel vuele, aquel corra y éste ande—,
que mirarse merezca reservado,
como el Alcázar de Felipe el Grande,
cuando piadoso el hado un edificio
privilegiar de sus rigores mande? 120
Si lustre puro, ¿qué mayor indicio
de esplendor y de lustre que ser rayo
de tanto sol? No aquí delire el juicio
porque un rayo del sol sienta un desmayo,
que no deja de ser rey de las flores 125
porque una flor se le malogre al mayo.
Si majestad heroica, sus mayores
triunfan hoy en las lides del olvido,
nunca vencidos, siempre vencedores.
El águila alemana les dio nido, 130
el león de España albergue, que absoluto
término fue a su vuelo y su bramido
todo el orbe, pagándoles tributo
de una cuna del sol hasta otra cuna,
emperatriz el ave y rey el bruto. 135

---

v. 115 ¿ya nuboso?, ed. 1881.

v. 116 Parece evocación, en otro contexto, de un verso del soneto gongorino «Ni en este monte, este aire ni este río / corre fiera, ave vuela, pece nada».

vv. 123-26 *sol*: de nuevo la imagen solar que simboliza a Felipe IV, de quien el infante es «rayo» (v. 124).

vv. 130-35 *águila alemana*: es el águila bicéfala, símbolo del imperio alemán, unido a España a partir de Carlos V; *nido*: otras veces juega con el mismo término; comp. Calderón, *El primer blasón del Austria*, vv. 85-87: «que ya ha salido del nido / imperial, alzando el vuelo, / a que el sol le reconozca / por águila del imperio»; *león*: símbolo de la monarquía española.

v. 132 *término*: 'límite'.

Si real sujeto, aun siendo siempre una
su fama se excedió tal vez, pues sella
ésta con más aplausos la fortuna.
Felipe santo y Margarita bella
sus padres fueron de tan alta planta 140
que humana flor es hoy divina estrella.
Si claro ingenio, Manzanares canta
concetos suyos y concetos llora:
tanta es la fuerza de un afecto, tanta,
que con la voz que al gusto hoy se enamora 145
quizá el pesar se llorará mañana,
que aun una voz a lo que nace ignora.
Si edad florida y juventud lozana,
apenas cinco veces, cinco, era
cumplido el curso en que veloz devana 150
con hilos de oro el sol nuestra carrera,
cuando por mucho enmarañado el hilo
le cortó inexorable la tijera.
No llegó al fin su fin con nuevo estilo,
hoy se acabó y hoy se quedó pendiente, 155
¡oh!, ¿para cuándo era embotarse el filo?
Si brío gallardo y ánimo valiente,
dígalo el mar, que le rindió oportuno
en pequeño bastón mucho tridente,

---

v. 141 no es divina, ed. 1881, con negación que está en la príncipe, pero que me parece mal sentido; enmiendo. Las distintas ediciones muestran variaciones; en la de 1881 «no es divina estrella»; en la príncipe «no es oy divina Estrella». Ver v. 285.

v. 152 Cuando por medio enmarañando el hilo, ed. 1881.

v. 153 *tijera*: alusión mitológica al hilo de la vida que cortan las Parcas.

v. 156 *embotar*: hubiera querido que el filo de la tijera se embotara, y dejara más larga vida al infante.

v. 159 en pequeño bastor mucho didente, ed. príncipe. Wilson propone la corrección «en pequeño bastón mucho tridente»; Picatoste ofrece la lectura: «En pequeño bajel más diligente». La lectura que propone Wilson es acertada, y alude a un episodio biográfico concreto: Felipe IV dos meses antes de la muerte del Infante, a mediados de abril de 1632, le había entregado en Barcelona el bastón de Príncipe de la Mar. Lo cuenta Matías de Novoa: «Allí pues en Barcelona, habiendo llegado la escuadra de España, queriendo el rey verla y entrando en la Patrona, le metió en la posesión de Príncipe de la Mar, dándole un bastón que tomó de las manos del duque de Tursis, general de la escuadra de Génova» (I, p. 198), y lo vuelve a relatar con algún dato más: «Pasó el rey a las galeras, previnose al duque de Tursi que se hallase allí, preparóse una caña para bastón, y entrando en la patrona y ocupando la popa, tomó el bastón el duque de Tursi y diósele al rey, y el rey se lo dio al infante don Carlos, constituyéndole por Príncipe de la mar» (I, p. 171).

por príncipe los reinos de Neptuno 160
y en cortes de agua príncipe jurado
votaron todos y faltó ninguno.
De esperanzas entonces coronado
le vio la paz y le aclamó la guerra;
solo a la tierra le costó cuidado, 165
pues celosa de ver que se destierra
del centro natural al centro frío
en sus entrañas le escondió la tierra.
¡Oh, sacrílego amor, oh, amor impío!,
qué a tu costa tus celos has vengado: 170
¡oh!, rompa ya el silencio el dolor mío.
Y ya que tanto mérito postrado,
humano al fin reparo no previno
a la infalible indignación del hado,
al enojo infalible del destino, 175
vamos a ver si le previene el celo
en la piedad del mérito divino.
Iba pues de la noche el negro velo
borrando los matices con que había
al temple bosquejado tierra y cielo 180
el doctísimo artífice del día,
y el sol depositado en luces bellas
espejo hecho pedazos parecía
—que pedazos del sol son las estrellas
y así cuando su luz se quiebra hermosa 185
es un pequeño sol cada una dellas.
Declaróse la noche temerosa
y tropezando perezoso el sueño
en la que iba arrastrando falda umbrosa,
salió mostrando el arrugado ceño, 190
que más horrores que cabellos vierte

---

v. 166 le destierra, ed. 1881.

v. 167 *centro*: zona que corresponde a cada elemento, el cual aspira con movimiento natural propio a ocupar el centro que le corresponde; o sea 'el elemento tierra es centro natural del hombre, no el agua—centro frío—al que le destina su título de Príncipe de la Mar'.

v. 179 con que ansía, ed. 1881.

vv. 180-81 *temple... artífice*: el motivo de Dios como pintor es tópico; *al temple* y *bosquejar* son tecnicismos de la pintura, habituales en Calderón. Para este tópico, ver Cabello, 1995, p. 155, y el auto calderoniano *El pintor de su deshonra*.

de ciprés coronado y de beleño,
y como medio hermano de la muerte
al mundo medio muerto sepultaba,
cuando aun al sueño hicieron que despierte 195
voces que solo el eco articulaba,
porque todas a un ¡ay! las reducía,
y errando el pueblo—si por dicha erraba
aunque confusamente discurría—
al monte de piedad llegó, al erario, 200
en uno y otro templo de María.
No perdonó devoto santuario
que no solicitase a aquella hora
uno en la fe y en el efeto vario,
pues aunque dos imágenes adora 205
es sola una deidad, y así en lo oculto
de noche en dos Orientes vio una Aurora.
Con poca pompa el venerando bulto
—si ya no fueron pompa las querellas,
que querellas de fe también son culto— 210
llegó a palacio y, mudas las estrellas,
con muestras de dolor extraordinarias
—quizá por ser Carlos una dellas—
acompañaron, aunque en luz contrarias,
las antorchas conformes en belleza, 215

---

v. 192 *ciprés, beleño*: el ciprés se asocia tradicionalmente a la muerte; comp. Calderón, *La humildad coronada de las plantas*, p. 398: «Cedro árbol eterno es; / la palma triunfos advierte, / el ciprés muerte después, / luego eterno hay triunfo y muerte / en cedro, palma y ciprés»; *beleño*: «Conócense tres diferentes especies [...] las dos especies primeras son nocivas y hacen enloquecer y causan sueños muy graves y pesados; la especie tercera es menos dañosa y como más benigna es usada en la medicina» (*Diccionario de Autoridades*). Covarrubias señala que es planta «conocida en España y muy vulgar, cuyo sugo tiene virtud de acarrear sueño» (*Tesoro de la lengua*). Aparece en muchos pasajes de Calderón: comp. *Andrómeda y Perseo*, vv. 339-41: «mágico parasismo de la vida, / madre horrible del sueño, / alimentada furia del beleño»; *El valle de la Zarzuela*, p. 700: «de la cicuta, el opio y el beleño / catres le mulle a la deidad del sueño»...

v. 193 *hermano de la muerte*: la asociación muerte-sueño es idea muy reiterada; comp. Pérez de Moya, *Filosofía secreta*, ed. Gómez de Baquero, 1928, VII, cap. X: «el sueño es hijo de la noche y hermano de la muerte»; Zabaleta, *Día de fiesta por la mañana. Día de fiesta por la tarde*, ed. Cuevas, 1983, p. 163: «El sueño necesario es imagen de la muerte, pero el sueño excesivo es la muerte misma».

v. 209 fueran, ed. 1881.

v. 212 Es el v. 214 de la *Soledad* primera de Góngora. En el siguiente v. 216 hay otro eco de «las estrellas nocturnas luminarias», v. 215 de la misma *Soledad*.

unas y otras noturnas luminarias.
Madrid, viendo que plebe y que nobleza
igualmente se inclina, igual se mueve
al llanto, a la piedad y a la tristeza,
quiere que suyos dos mensajes lleve, 220
por la nobleza un duque de Gandía
y un labrador humilde por la plebe.
Francisco, pues, y Isidro, ante María
a un tiempo en cielo y tierra están postrados,
alma y cuerpo gloriosos aquel día. 225
¡Oh!, no parece aquí que con candados
están los cielos. Pues abridlos, cielos,
mirad qué implican cielos y cerrados.
¿Tantos suspiros, tantos desconsuelos,
tan mísero clamor, llanto tan pío, 230
tantas penas, Señor, tantos desvelos
solamente os merecen un desvío?
¿Cuándo la voz no fue del cielo llave?
¡Oh!, rompa ya el silencio el dolor mío.
Mas ¡ay! que en la mayor, en la más grave 235
pena, aunque sabe el que afligido llega
que ha de pedir, qué ha de pedir no sabe,
que el hombre es liberal con quien le ruega,
por lo que a quien le ruega le concede,
y Dios es liberal por lo que niega. 240
Tanto con Él la voz o el llanto puede
que por agradecer la voz o el llanto
tal vez negando su poder excede.

---

vv. 221-22 *duque de Gandía, labrador humilde*: otro pasaje biográfico en su panegírico espiritual (vv. 217-25), muestra de su bien morir, y del pesar de todos sus súbditos, que cuenta Matías de Novoa: «trajeron el cuerpo del venerable y antiquísimo labrador de Madrid, San Isidro, y la milagrosísima imagen de Nuestra Señora de Atocha, y otras imágenes [...]. Apretáronle los paroxismos; fue grande el desconsuelo en que cayó toda la corte [...]: las oraciones y plegarias fueron infinitas; los templos estaban abiertos a todas horas y patente el Santísimo Sacramento; trajeron a su cámara el cuerpo de San Francisco de Borja, duque de Gandía, prepósito general de la Compañía de Jesús; a voces se pedía por la calles su salud; fueron grandes los votos que se hicieron y las ofrendas que se consignaron a templos, hospitales, imágenes y cuerpos santos...» (I, p. 199).

v. 227 pues abridlos Cielos, ed. príncipe; abrid los cielos, ed. 1881. Interpreto como apelación a los cielos mismos para que abran sus candados.

v. 230 ¿Tan since roclamor? ¿llanto tan frio?, ed. 1881.

Luego tanto retiro, enojo tanto,
pareciendo rigor será clemencia, 245
pues siempre es liberal el cielo santo.
¡Oh, quién de parte de la Providencia
hoy estos dos extremos careara!,
aquí el dolor y allí la convenencia,
porque al mundo el examen consolara 250
cuando en sombras y lejos percibiera
el daño que otro daño le repara.
¡Qué alegre entonces si la piedad viera
disfrazada en rigor al mismo cielo,
otra vez sus desdichas le pidiera! 255
Pues si ignorante pide nuestro celo
y docto él nos mejora la fortuna
sírvanos el castigo de consuelo.
Y pues del ataúd y de la cuna,
líneas en que nacemos y morimos, 260
una es la forma y la materia es una,
y de un sepulcro a otro sepulcro fuimos

---

v. 244 *retiro*: «la separación de la amistad o familiaridad que antes se tenía» (*Diccionario de Autoridades*).

v. 245 Padeciendo, ed. 1881.

v. 249 conveniencia, ed. 1881.

v. 251 *sombras, lejos*: otros tecnicismos de la pintura; *sombra* «es el color oscuro u bajo que se pone entre los demás colores, que sobresalen», y *lejos* «lo que está pintado en disminución y representa a la vista estar apartado de la figura principal» (*Diccionario de Autoridades*).

v. 254 del mismo, ed. 1881.

vv. 259-64 *ataúd, cuna*: metonimias clásicas para el nacer y morir en relación con la brevedad de la vida, que explotó abundantemente, por ejemplo, Quevedo; comp., entre otros muchos textos, éstos de *La cuna y la sepultura*: «Son la cuna y la sepultura el principio de la vida y el fin della; [...] siendo verdad que la cuna empieza a ser sepultura y la sepultura, cuna a la postrera vida» (II, p. 1325); «no hay momento que no mueras [...]. Pues dígote que no hay hora que pase por ti que no vaya sacando tierra de tu sepultura» (II, p. 1337); Calderón, romance «Ahora, Señor, ahora»: «¡Oh cuánto el nacer, oh cuánto / al morir es parecido, / pues si nacemos llorando, / también llorando morimos! / Un gemido la primera / salva fue que al mundo hicimos, / y el último vale que / le hacemos es un gemido. / Entre cuna y ataúd / sólo esta distancia ha habido» (ed. 1881, p. 128).

v. 261 Una es la fortuna, ed. 1881; *materia, forma*: en la filosofía aristotélica la forma determina la materia.

—polos en que el pequeño mundo estriba—
muriendo desde el punto en que nacimos,
dichoso aquel que del vivir se priva, 265
pues si a morir viviendo el hombre nace,
muriendo bien no hay más para qué viva.
Ninguna acción al dueño satisface
tanto que la atención escrupulosa
no la emiende después, con que se hace 270
más perfeta, más noble o más hermosa.
Solo el morir esta elección no tiene
siendo el morir la más dificultosa.
Luego a aquel que la muerte le previene
con avisos de un día y otro día, 275
no llorarle, envidiarle nos conviene.
Suceda, pues, al llanto la alegría,
pues para que el morir perficionase,
murió Carlos sabiendo que moría.
Y ya que el cielo quiere que hoy abrase 280
las plumas, siendo pira el monumento
de quien su luz entre cenizas pase
a otro centro, a otra esfera y a otro asiento,
y dejando a la tierra sus despojos
es ya estrella añadida al firmamento, 285
pasen también nuestros turbados ojos
de un objeto a otro objeto su sentido,
que dichas podrá ver quien pudo enojos.
Vean que en prendas hoy de un bien perdido
dos los cielos eternos aperciben, 290
que aun mal está el consuelo repetido.
Felipe y Baltasar felices viven,

---

v. 263 Por los en que, ed. 1881. Pequeño mundo o microcosmos es el hombre. Motivo muy reiterado. Ver Rico, 1984.

v. 265 de vivir, ed. 1881.

v. 269 tanto, que la atención es escrupulosa, ed. príncipe; verso dodecasílabo, en el que Wilson no repara ni comenta; el colector Picatoste, ed. 1881, presenta una lectura acertada: «Tanto, que la atención escrupulosa».

v. 270 enmiende, ed. 1881.

v. 278 al morir perfeccionase ed. 1881.

v. 288 podrán ver ed. 1881.

v. 292 *Baltasar*: el príncipe Baltasar Carlos (1629-1646), hijo de Felipe IV y de su primera esposa Isabel de Borbón. Fue una gran promesa de rey, pero murió a los diecisiete años en Zaragoza, el 9 de octubre de 1646.

cuyo nombre los hados respetando
con letras de oro en láminas escriben,
que nunca el tiempo alcanzará volando 295
porque aun el tiempo parará primero.
¡Oh!, vivan pues, y tú, noble Fernando,
ya Marte religioso, ya guerrero
Apolo con la espada y con la pluma
de tantas esperanzas heredero, 300
al mar sujeta la rizada espuma,
postra a la tierra la cerviz altiva
y haz que el mar y la tierra te presuma
luz que del sol Filipe se deriva.
Y pues de ti tantos aplausos fío 305
mientras tu nombre, ¡oh, gran Fernando!, viva,
no rompa ya el silencio el dolor mío.

Bibliografía citada

Cabello, G., *Ensayo sobre tradición clásica y petrarquismo en el Siglo de Oro*, Almería, Universidad, 1995.

Calderón de la Barca, P., *Andrómeda y Perseo*, ed. J. Mª Ruano de la Haza, Pamplona-Kassel, Universidad de Navarra-Reichenberger, 1995.

———, *El primer blasón del Austria*, ed. V. Roncero, Pamplona-Kassel, Universidad de Navarra-Reichenberger, 1997.

———, *El valle de la Zarzuela*, en *Obras completas, Autos*, ed. Á. Valbuena Prat, Madrid, Aguilar, 1987.

———, *La humildad coronada de las plantas*, en *Obras completas, Autos*, ed. Á. Valbuena Prat, Madrid, Aguilar, 1987.

———, *Obras menores (siglos XVII y XVIII)*, ed. A. Pérez y Gómez, tomo XXIV de El ayre de la almena. Textos literarios rarísimos, Cieza, 1969.

Camacho, E., *La elegía funeral en la poesía española*, Madrid, Gredos, 1969.

---

v. 296 pasará ed. 1881.

vv. 298-99: *Marte, Apolo*: otra alusión mitológica a su condición de cardenal e infante. Nótese el ingenioso trueque de atributos.

v. 304 *luz que del sol Filipe*: metáfora solar ya vista.

Catálogo de manuscritos poéticos castellanos de los siglos XVI y XVII en la Biblioteca Nacional de Madrid, Madrid, Ministerio de Cultura-Biblioteca Nacional, 1993.

Catálogo de pliegos sueltos poéticos de la Biblioteca Nacional. Siglo XVII, Madrid, Ministerio de Educación y Cultura-Biblioteca Nacional, 1998.

Cotarelo y Mori, E., *Ensayo sobre la vida y obras de Don Pedro Calderón de la Barca, Boletín de la Real Academia Española*, 8, 1921, pp. 517-62, 656-704; 9, 1922, pp. 17-70, 163-208, 311-44, 429-70, 605-49; 10, 1923, pp. 5-25, 125-57.

Covarrubias, S. de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Turner, 1984.

Cuenca, L. A. de, ed., Calderón, *Poesía*, Madrid, Espasa Calpe, 2000.

Diccionario de Autoridades, Real Academia Española, Madrid, Gredos, 1979, 3 vols.

Granja, A. de la, «Cuatro calas en la expresión poética calderoniana», *Ínsula*, 644-645, 2000a, pp. 38-40.

———, «Calderón y la restauración de un autorretrato cómico», 2000b, en prensa.

López Pinciano, A., *Philosophía antigua poética*, ed. A. Carballo Picazo, Madrid, CSIC, 1973, reimpresión, 3 vols.

Novoa, M. de, *Memorias de Matías de Novoa, ayuda de cámara de Felipe IV. Segunda parte hasta ahora conocida bajo el título de «Historia de Felipe IV por Bernabé de Vivanco»...*, Madrid, Imprenta de Miguel Ginesta, 1878, tomo I.

Pérez de Moya, J., *Filosofía secreta*, ed. E. Gómez de Baquero, Madrid, NBAE, 1928, 2 vols.

Pérez y Gómez, A., ed., *Obras menores (siglos XVII y XVIII)*, tomo XXIV de «El ayre de la almena». Textos literarios rarísimos, Cieza, 1969.

Picatoste, F., ed., *Poesías inéditas de Don Pedro Calderón de la Barca*, Madrid, Imprenta de la Biblioteca Universal, 1881.

Quevedo, F. de, *Poesía original completa*, ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1981.

———, *La cuna y la sepultura*, en *Obras completas. Prosa*, ed. F. Buendía, Madrid, Aguilar, 1988.

Reichenberger, K. y R., *Manual bibliográfico calderoniano*, Kassel, Verlag Thiele & Schwarz, 1979, tomo I.

Rico, F., *El pequeño mundo del hombre*, Madrid, Castalia, 1984.

Senabre, R., «Calderón, poeta en la sombra», *El cultural*, suplemento literario del periódico *El Mundo*, Madrid, 2-8 de enero de 2000, pp. 12-13.

Valbuena Briones, Á., «La palabra sol en los textos calderonianos», en *Perspectiva crítica de los dramas de Calderón*, Madrid, Rialp, 1965.

Valcárcel, C., «Poesía lírica de Calderón», *Canente*, 3, 1987, pp. 55-66.

Valladares, A., «Calderón de la Barca y las justas poéticas de su tiempo», en *Calderón* (Actas del Congreso Internacional sobre Calderón y el teatro español del Siglo de Oro, Madrid, 8-13 de junio de 1981), ed. L. García Lorenzo, Madrid, CSIC, 1983, vol. III, pp. 1731-46.

Villar Dégano, J. F., «Pragmática y poesía en un texto de Calderón de la Barca», *Letras de Deusto*, XI, 22, 1981, pp. 145-83.

Wilson, E. M., «¿Escribió Calderón el romance "Curiosísima señora"?», *Anuario de Letras*, 2, 1962, pp. 99-118.

———, «Some unpublished works by Don Pedro Calderón de la Barca», en *Homage to John H. Hill*, ed. W. Poesse, Bloomington, India-na University, 1968, pp. 7-18.

———, «Noticias bibliográficas», en *Obras menores (siglos XVII y XVIII)*, ed. A. Pérez y Gómez, tomo XXIV de El ayre de la almena. Textos literarios rarísimos, Cieza, 1969a.

———, «Calderón y Fuenterrabía: el *Panegírico* al Almirante de Castilla», *Boletín de la Real Academia Española*, 49, 1969b, pp. 253-78.

Zabaleta, J. de, *Día de fiesta por la mañana. Día de fiesta por la tarde*, ed. C. Cuevas, Madrid, Castalia, 1983.